

Biblioteca de EL PRODUCTOR

DISCORDANCIAS ≡ DE BRONCE ≡

NUESTRA OPINION
SOBRE EL SÍNDICALISMO

EL GRUPO EDITOR

—♦♦—
PRECIO: 10 CÉNTIMOS

1919
TIP. MADOLELL.—JULIO CÉSAR, 14
SEVILLA

RECORDS

OF THE

NEW YORK

LEGISLATURE

1847

16 cm. R. 391407 R. 73083
Biblioteca de EL PRODUCTOR



DISCORDANCIAS
≡ DE BRONCE ≡

NUESTRA OPINION
SOBRE EL SÍNDICALISMO

EL GRUPO EDITOR

1919
TIP. MADOLELL.—JULIO CÉSAR, 14
SEVILLA

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION
1892



DISCORDANCIAS DE BRONCE

NUÉSTRA OPINIÓN SOBRE EL SINDICALISMO

Hay una palabra, que si no temiésemos ser acusados de poderativos llamaríamos «mágica», palabra intrigadora y cabalística, que en estos momentos anda, en boca de todos; surge con obseccionadora frecuencia en las columnas de los periódicos; provoca apasionado rencor y apasionada simpatía, que es en fin, por impositivo mandato de la actualidad, anhelo esperanzador del proletariado obrero, y presagio amenazador y terrorífico del capitalismo patronal. Esa palabra es: {el Sindicalismo. He aquí el fenómeno de psicología social, sintéticamente expuesto en un enunciado simplísimo, que la realidad del hecho no necesita confirmar con pruebas. Aun descontado todo lo que de moda, de gregarismo, de novelería inclusive, pueda haber en esta sugestión colectiva, que alguien denominó *epide-*

mia sindicalista, no es posible negar, sin faltar a la verdad, a la razón y a la justicia, que una corriente de opinión como la que en torno del sindicalismo se ha formado, agitando y determinando la situación volitiva de la conciencia obrera, entre nosotros étnica e históricamente indiferente y abúlica, ha de representar un valor positivo, algo merecedor de respetuosa atención y detenido estudio, que si por los efectos se juzgan las causas, no debe ser el sindicalismo, que tales efectos produce, cosa sin importancia, interés ni valor.

En efecto, el sindicalismo, misterioso guía, que entre los dolores y angustias de la hora presente, arrastra en pos de él a las muchedumbres rebeldes y soñadoras, anhelantes de un más venturoso porvenir, es un valor positivo, una táctica provechosa, un medio útil, un procedimiento beneficioso. Señal de los tiempos, fruto sazonado de la época, aparece cuando debe aparecer, y superior a las eventualidades que encuentre o pueda encontrar en su camino, se impondrá a todo y a todos por su propia virtualidad, como un poder invencible, fatal e inapelable en la evolución del proletariado obrero, que no es más que un afluente en ese gran río de la evolución humana, base y sustentáculo de la Historia.

Sin embargo, importa mucho no hacer del sindicalismo algo unilateral, dogmático, definitivo, en que quedemos presos, a no ser que, como el gusano de seda en su capullo, aspiremos a salir de él convertidos en mariposas.

El sindicalismo es un medio, no un fin; el fin es un concepto metafísico, teológico, románticamente abstracto, y si nos obligáseis a que determináramos un fin,

diríamos que el fin es... no tener fin. El sindicalismo representa un valor, y encarna en sí una fuerza en su modalidad de *Sindicatos Unicos*, en tanto y cuanto representa hoy, entiéndase bien que decimos hoy, el procedimiento o táctica más oportuna y pertinente para conseguir los trabajadores el fin—relativo se entiende—que persiguen, en ese fenómeno económico, de derivaciones sociales, que denominamos *lucha de clases*.

Sin aceptar de ninguna manera la concepción materialista de la Historia característica del marxismo, que lejos de parecernos proletaria, nos parece eminentemente burguesa, aceptando el método positivista en lo que tiene de práctico, meramente experimental, afirmamos la realidad axiomática y positiva, de ese hecho indiscutible que se llama la lucha de clases. Oigamos lo que sobre esto dice con admirable exactitud y claridad Anselmo Lorenzo: «La Humanidad es una, pero vive en una sociedad dividida en clases».

«Por esa división y esa clasificación; la unidad humana se halla dificultada y aún negada».

«Cada clase tiene su antagónica en todas las otras clases, y sus relaciones son de dominio y de sumisión, de desconfianza y odio».

Este es el hecho doloroso, triste, trágico, pero evidente y real. Veamos ahora lo que deducimos de él.

II

La Humanidad, está dividida en dos clases, capitalistas y proletarios, patronos y obreros, ladrones y robados. Todos los hombres son iguales ante la Ley, se dice, pero como la Ley nace del privilegio, y es su único fin mantener y perpetuar ese privilegio, resulta que unos pocos, por el favoritismo de la herencia, por la violencia, el engaño, y a veces el azar de un régimen social, [sin normas de moral ni sanción de justicia, acaparando todas las riquezas naturales y sociales, condenan a los demás a la miseria y al hambre, valiéndose después de esa hambre y de esa miseria para tenerlos esclavos, humildes y sumisos, ora como jornaleros, asalariados, o colonos.

Este orden de cosas, se justificó primero en nombre de Dios, y fué la edad teocrática de la Humanidad. Mas tarde, evolucionaron las ideas, y se justificó en nombre de una supremacía hereditaria de los nobles y de los reyes. Fué la edad de la aristocracia y la monarquía. Hoy, derrocado de su pedestal los viejos ídolos, mil veces superiores a los modernos, se pretende justificarlo en nombre de palabras engañosas y deslumbrantes, que unas veces es la Ciencia, otras la Libertad, otras la Democracia, otras la Moral, fragmentos del viejo ideal divino, que muestra como los hom-

bres, una en pleno ateísmo, pueden tener una Teología, *humana, demasiado humana.*

Sin embargo, mal que pese a los interesados directores de sus semejantes, el número de los desengañados es cada vez mayor. Nunca como ahora podemos decir con D. Quijote: En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño».

Los proletarios, sobre todos los trabajadores, encadenados al jornal o salario, se dan cuenta de la estafa espiritual de que se les hace víctimas, y revelándose contra el vampirismo de los *intelectuales*, de los *sabios célebres*, proclaman como norma imperativa del mundo moderno, la máxima ya vieja aunque olvidada: «El que quiera comer, que trabaje», cuyas múltiples consecuencias aun no se ha apreciado en todo su valor.

Florece de esta nueva espiritualidad humana, en 28 de Septiembre de 1864, se estableció en Inglaterra y Francia «La Internacional de Trabajadores», que dividida más tarde con motivo de la histórica lucha entre Marx y Bakounine, se desorganizó por diversas causas de carácter interno y externo. Ahora bien, de «La Internacional» sobrevinieron dos máximas o lemas, que son el categórico imperativo de la moderna organización proletaria. Esas máximas o lemas son: «¡Proletarios de todos los países, uníos!», palabras de Carlos Marx y Federico Engels, en 1847, en el célebre «Manifiesto del Partido Comunista», y «La emancipación de los trabajadores, debe ser obra de los trabajadores mismos», del preámbulo de los Estatutos de la «Asociación Internacional de los Trabajadores», según se acordó en el primer Congreso que se inau-

guró en 3 de Septiembre de 1866, en la cervecería Treives de Ginebra, presididos por Jung, con asistencia de sesenta delegados.

Del primero de estos lemas, se deriva el sindicalismo moderno, que cristaliza en los *Sindicatos Únicos*, que si bien, como con razón ha previsto José Prat, «pueden reducir la acción sindical a una simple unidad cotizante, sin voluntad propia, supeditada a la acción de media docena de agitadores», salvado que sea—y así es de creer que ocurra—ese peligro, *son una fuerza tan necesaria, como útil*. Del segundo lema, deriva la táctica de acción directa, que excluyendo los mediadores oficiales, intrusos en las relaciones entre el capital y el trabajo, «forma con el anarquismo un ángulo, de dos líneas, que coinciden en el vértice del criterio anti-político».

III

«El Sindicato descansa sobre la comunidad de los intereses: a este título permite tener un programa sin equívoco, una línea de conducta bien trazada, una acción metódica y continua bajo la dirección de hombres competentes.»

«Esto, y no el número de sus adherentes, es lo que hace el secreto de su fuerza.» Así se expresó Francis Delaisi, con aquella gráfica claridad de expresión propia del espíritu francés. Es, a través del tiempo y del espacio, el mismo mandamiento de Marx y Engels, desenvolviéndose en la realidad de la vida. En el frontispicio del edificio sindicalista, se lee ese lema: «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

Hermano gemelo del lema anterior, emineutemente marxista, es, aunque expresado en otros términos, él vulgar y resobado: «La unión constituye la fuerza», no tan axiomático como se supone. La unión arbitraria de elementos heterogéneos, antagónicos, opuestos, no puede ser nunca una fuerza, sino es a base de un elemento intelectual, moral o material, que los unifique, transformando en estable la inestabilidad del compuesto. Lo contrario, o sea la ausencia irremediable de ese elemento unificador, da por resultado una unidad artificial, accidental, sujeta a inevitable disolución.

ción, por obra y gracia del más débil agente interno o externo, que sobre él actúe.

Comprueba experimentalmente esto que decimos, la rápida decadencia del régimen parlamentario, fracasado en todas sus múltiples manifestaciones, fracaso tan visible y manifiesto, que preocupa, no sin razón a los ideólogos, llamados *intelectuales*. Más todavía, se da el caso, de que la teocracia, el feudalismo y la realeza, anteriores al parlamentarismo, aunque en una decadencia natural en todas las instituciones históricas, subsisten todavía, mientras el parlamentarismo agoniza, hundido cada vez más en la charca pantanosa de los negocios sucios, las subvenciones inconfesables, los egoísmos ruines que se amparan a la sombra de la más rastrera e innoble política.

Ilustrando esta materia, copiamos las expresivas palabras de Roosevelt, voz autorizada en la materia, como presidente que ha sido de la República de los Estados Unidos. Dice así:

«Es imposible que dure una democracia si las líneas de división de los partidos están tiradas de modo que coinciden con las líneas de las clases.»

«Mientras las líneas están tiradas horizontalmente, su resultado es malsano y a la larga desastroso, porque semejante división significa que los hombres están unos contra otros, según los ciegos y egoístas intereses del momento. Cada individuo se encuentra frente a frente contra su vecino en una actitud de ávida hostilidad de clase que se convierte en principal resorte de su conducta...»

«Al contrario, allí donde las líneas de división política son verticales, el resultado es sano y normal...»

El banquero que se interesa en que se efectúe cierto nombramiento en una dada elección, lo olvida todo, excepto su comunidad de intereses con el carnicero detallista que tiene influencia en el barrio, y con el capataz que dirige cierto número de obreros; en cambio, el carnicero y el obrero aceptan muy naturalmente al banquero como un aliado que pueden seguir o dirigir según dicten las circunstancias.»

Este es el principio y el fin de las uniones artificiales, heterogéneas, antitéticas, no generadas de la matriz de la Naturaleza y de la Vida.

IV

Dedúcese pues, que de la comunidad de intereses, nace la fuerza del sindicalismo. No es, ciertamente, el más elevado elemento unificador, dado que sobre él, están los elementos intelectuales y materiales, pero hoy por hoy, esos intereses, que a Roosevelt desde el séptimo cielo del idealismo abstracto y metafísico, le parecen «ciegos y egoístas» es el primero de todos los imperativos de la actuación humana.

Sin embargo, este concepto que parece contagiado por el criterio histórico del marxismo, no implica una fórmula unilateralmente económica. El sindicalismo, tiene, o debe tener también, una finalidad intelectual y moral. Los sindicatos, a juicio nuestro, no deben ser amontonamientos gregarios y rebañescos de trabajadores sin conciencia, incapaces de otra cosa, que no sea pagar mecánicamente la cuota establecida en el reglamento, como grotescos autómatas, e ir a la huelga por el ideal mezquino y perjudicial de un aumento de salario, por imposición autoritaria de la mayoría, o lo que todavía es peor, y más lamentable, por mandato dictatorial de uno o varios jefes, convertidos en grotescos déspotas societarios, que pueden ser «la media docena de agitadores» que como hemos

visto en el párrafo antes citado, teme Prat «que supediten la acción sindicalista».

Y, no solamente no es ese el camino a seguir por el sindicalismo, sino que hasta en lo que se refiere a las huelgas se debe ser muy prudente y mesurado; Oigase sobre este asunto una opinión sin duda alguna mas respetable y autorizada que la nuestra. Dice Anselmo Lorenzo: En la huelga, forma manifiesta de la resistencia, no es oro todo lo que reluce, sobre todo cuando, apoyada sobre la Caja de Resistencia, justifica las siguientes palabras que Zola, en «Germinal» pone en boca de Souvarine: «Las huelgas son provocadas por los burgueses, en vista del exceso de existencia de los almacenes.

Unos cuantos meses bastan para vaciarlos, sin haber tenido que pagar salarios; además la colectividad obrera gasta sus ahorros, y tiene que rendirse luego, más incondicionalmente aun que antes. Si durante el curso del desarrollo de ese hábil plan, perecen de hambre algunas familias productoras, que perezcan, sus huesos servirán de abono a los campos de la burguesía.

Dejarse influenciar por los principios de Marx, de que nos parece demasiado contaminado el sindicalismo, y téngase en cuenta que sin la oposición de Bakounine, Proudhon, y los anarquistas en general, Marx hubiera sido muy funesto para la evolución del proletariado en particular y de la Humanidad en general; dejarse llevar del criterio marxista, repetimos, conduce a reducirlo todo al fenómeno económico de la lucha de clases, convirtiéndose en una extrema izquierda del socialismo autoritario, olvidando el principio de la Internacional,

de «que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

Renegar de toda autoridad en nombre del cencepto materialista de la Historia, que con notoria falsedad hace del trabajo generador de valores, y después crear una autoridad administrativa, técnica, gerárquica, aunque sea por necesidad de organización y disciplina, aunque se rotule con el acreditado apelativo del *Bolchevikismo* ruso, es un vergonzante socialismo autoritario, propio de políticos disfrazados de sindicalistas, aspirantes a jefes, a ídolos, unidades necesitadas de ceros que le sigan, dándoles un valor que no tienen.

V

La idea, mejor dicho, el sentimiento de la Libertad, *es anterior al sindicalismo*. El sindicalismo es hoy, la Libertad es siempre. El sindicalismo, como el socialismo, el comunismo, el colectivismo, o cualquier otro sistema, táctica o ideal, *o ha de someterse y servir al humano e inmortal anhelo de libertad, o es dañino, morboso, funesto*. Por eso nosotros somos anarquistas sindicalistas. Anarquistas primero, sindicalistas después; y si entre ambos hubiera que sacrificar alguno, que ciertamente no es necesario, *sacrificaríamos sin vacilar el sindicalismo al anarquismo*.

Cuando esto se olvida, prostituido el sindicalismo en el burdel de una política, más dañina porque es hipócrita, a base de autoritarismo personal, el sindicalismo se convierte en un *fulanismo*, ídolo que en su pedestal, al caer un día, puede ocasionarnos la muerte, *aplastados por una estatua*. ¿Lucha de clases? ¿Organización disciplinada y fuerte del proletariado militante contra el poder monstruoso y antivital de la burguesía? ¿*Sindicatos Unicos* inclusive? Nosotros lo aceptamos y lo defendemos, *porque es necesario, de imprescindible necesidad*, derrotar el monopolismo burgués, y eso solo se puede conseguir con la potencia arrolla-

dora de los proletarios sindicados, a base del común interés de clase, como elemento unificador.

Pero, téngase en cuenta, que somos enemigos de la burguesía, porque somos amigos de la Libertad, y el burguesismo es la forma moderna de la tiranía. No queremos burgueses, pero tampoco queremos dictaduras de Directivas, Comités, ni Secretarios de Comités, que al creerse y hacerse precisos, se creen y se hacen insustituibles, se envanecen, se endiosan, se convierten en autócratas, superiores a normas y sanciones, adormecen la personalidad de los trabajadores acostumbrando a los representados a confiarlo todo en los representantes, y últimamente, pueden fracasar, y fracasan o porque su petulancia consintió en que se alzaran a una altura para la que no estaban capacitados, o porque venales, débiles o cobardes entregan a los trabajadores atados de pies y manos a las represalias vengativas de los patronos o a las capciosidades legales del poder público,

¡Proletarios de todos los países, unión! Uníos con grandes y potentes *Sindicatos Unicos*, que por estar basados en la comunidad de intereses, os permita. «un sí, un no, una línea recta, un fin.» Esto, y *no el número de adheridos*, es lo que os hará fuertes. Pero, *no olvidar por nada, ni por nadie*, que como declararon en Ginebra en 1866, los internacionalistas en el preámbulo de sus Estatutos, «La emancipación de los trabajadores, ha de ser obra de los trabajadores mismos.» A este fin, reproducimos por estar en un todo conforme este párrafo de un artículo de Antonio J. Torres, recientemente publicado en el semanario *Cultura Obrera* de Palma de Mallorca. Dice así:



«Rebeldías que destruyan y borren el inicuo pasado, más no políticas que lo robustezcan y nos obliguen a vivir en él, esto es lo que necesitamos. Solo dentro la rebeldía está nuestra emancipación. Somos rebelde ante toda injusticia, aunque para ello tengamos que sacrificar nuestra vida. Si los que socialmente están por arriba de nosotros decretan en perjuicio nuestro, decretamos nosotros, también, desde abajo en contra de aquéllos. Nuestro *yo* ha de ser nuestro rey, nuestro Dios y nuestro amo, sin que bajo ningún concepto abduquemos esta soberanía en ningún individuo, sea el que fuere. Esperémoslo todo, cada uno de nosotros, de este *yo* y desconfiemos por completo de la ayuda de cualquier ser ficticio y real, espiritual o terrestre. Desechemos todos los representantes ante lo divino y ante lo humano. Tengamos la suficiente rebeldía para ser los justicieros de todos nuestros opresores. El día que sepamos hacer esto, habremos triunfado.»

Nosotros, somos nosotros, pueden decir los anarquistas sindicalistas, y al margen, total y absolutamente al margen, de todo lo que hoy existe, incluso de la ideología marxista en todas sus formas, porque eminentemente burguesa, no sabe salir fuera de la fatalidad capitalista; sin dejarse engañar por halagadoras propagandas comunistas, porque se puede ser muy comunista y muy liberticida, o enemigo de la Libertad. Sean los Sindicatos Unicos, como las catacumbas del

ideal uturo, allende la odiosa y maldita *lucha de clases* donde unidos por el común interés se creen las nuevas *tablas de valores*, «el sí, el no, la línea recta, el fin» del mañana, opuesto al sí, al no, a la línea recta y al fin de hoy.



VISTO BUENO

Leído y releído lo que antecede, después de íntima, profunda y consciente meditación, le ratificamos nuestro *Visto Bueno*, acordando publicarlo.

Conformes en esta opinión, aunque todos los demás pudieran estar disconformes, ratificándonos de ahora para siempre en lo que antecede, pase lo que pase, acordamos y decretamos publicarlo, en Sevilla a 6 de Diciembre de 1919.

Por EL PRODUCTOR,

El Grupo Editor.



